

CREAR COMUNIDAD DESDE LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA: NARRATIVAS MIGRANTES A TRAVÉS DE LA CERÁMICA Y LECTURA

**Building community through university outreach: migrant narratives
through ceramics and reading**

**Criando uma comunidade por meio da extensão universitária: narrativas
de migrantes por meio da cerâmica e da leitura**

Valeria Lepra

Universidad de la República, Facultad de Artes

vlepra@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-9123-1477>

Doctoranda en Arte y Cultura Visual por la Universidad Nacional de Rosario (UNR), Argentina. Magister en Educación Artística UNR, Argentina. Diplomada en Educación Imágenes y Medios FLACSO, Argentina. Licenciada en Artes Plásticas y Visuales Universidad de la República (Udelar), Uruguay. Prof. Adjunta en régimen de dedicación total del Departamento de las Estéticas de la Facultad de Artes, Universidad de la República. Integrante Observatorio Migramedios y del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), Uruguay.

Mónica Da Silva Ramos

Universidad de la República, Facultad de Psicología.

dasilvamon@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-2522-4716>

Doctora en Educación y TIC por la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), España. Licenciada en Psicología por la Universidad de la República (Udelar), Uruguay. Profesora Agregada en régimen de dedicación total del Instituto de Fundamentos y Métodos en Psicología de la Facultad de Psicología, Universidad de la República. Integrante del grupo interdisciplinario Migramedios y del Sistema Nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII), Uruguay.

Ana María Sarmiento

anasacam@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-7798-3023>

Licenciada en Artes Plásticas y Visuales (Fac. de Artes-Udelar). Egresada de la Escuela Nacional de Danza Sodre (ENFAS-MEC). Maestranda en Estudios Latinoamericanos (FHCE-Udelar). Docente de educación artística. INEA- Dirección General de Educación Inicial y Primaria (DGEIP)

Daniella García Mena

Universidad de la República, Facultad de Artes

danielleg8990@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0002-6650-1345>

*Licenciada en Artes, Cerámica - Facultad de Artes (Udelar), Uruguay
Maestranda en Investigación en Artes. Universidad Nacional de las Artes, Argentina
Asistente de la Unidad Académica de las Orientaciones Estético Pedagógicas y Lenguajes - Sub
Unidad Lenguajes y Técnicas - Área de Artes del Fuego, Cerámica y Vidrio (Udelar) Uruguay.*

Laura Ramos Visca

Universidad de la República, Facultad de Artes

lauraramosvisca@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0002-3156-3108>

Magister en Arte y cultura visual. Facultad de Artes (Udelar), Uruguay, Licenciada en Artes Plásticas y Visuales Universidad de la República (Udelar), Uruguay. Prof. Asistente de la Unidad Académica de las Orientaciones Estético Pedagógicas y Lenguajes - Sub Unidad Lenguajes y Técnicas - Área de Artes del Fuego, Cerámica (Udelar) Uruguay

DOI: Son incluidos por el editor**Recepción:** Son incluidos por el editor**Aceptación:** Son incluidos por el editor

Resumen

Este artículo sistematiza el proyecto *Un jardín de palabras*, una experiencia de extensión universitaria e investigación-creación desarrollada en Montevideo en 2026 con personas migrantes, participantes locales, docentes, estudiantes y artistas. Su objetivo es comprender cómo un dispositivo que articula lectura colectiva, conversación, música y modelado en barro contribuye a elaborar narrativas sobre movilidad humana y a producir sentidos de comunidad entre personas con trayectorias, procedencias y lenguas diferentes. La sistematización de la experiencia tomó como corpus los registros situados de encuentros y narrativas de participantes. Estos materiales no se trataron como transcripciones neutrales, sino como producciones elaboradas desde la implicación del equipo. Mediante una lectura temática transversal se identificaron continuidades, desplazamientos y momentos de condensación, organizados en cinco ejes: el dispositivo para leer, modelar y conversar; los territorios que viajan en el cuerpo; los equipajes afectivos y las raíces móviles; el habitar la ciudad entre lenguas y diferencias; y el pasaje del barro compartido a la producción de comunidad. Los resultados muestran que las memorias migrantes emergieron no solo mediante relatos verbales, sino también a través de olores, alimentos, objetos, músicas, plantas, palabras y gestos corporales. La arcilla operó como mediación material que sostuvo la conversación y permitió transformar experiencias individuales en una composición colectiva. La comunidad no apareció como identidad previa ni como unidad homogénea, sino como un proceso relacional, afectivo y provisional, producido mediante prácticas de reconocimiento, participación y conexión emocional compartida. Se concluye que las metodologías artísticas y dialógicas pueden ampliar las formas de narrar la migración, cuestionar posiciones rígidas entre universidad y comunidad y crear condiciones para que las diferencias circulen sin ser anuladas. Asimismo, se señalan los alcances y límites de una sistematización basada en registros del equipo y se propone profundizar futuras instancias de devolución y cointerpretación con las personas participantes.

Palabras clave

narrativas migrantes, extensión universitaria, investigación-creación

Abstract

This article provides an overview of the project *A Garden of Words*, a university outreach and research-creation initiative carried out in Montevideo in 2026 with migrants, local participants, teachers, students, and artists. Its objective is to understand how a framework that combines collective reading, conversation, music, and clay modeling contributes to the development of narratives about human mobility and to the creation of a sense of community among people with different life stories, backgrounds, and languages. The systematization of the experience used the situated records of meetings and participants' narratives as its corpus. These materials were not treated as neutral transcriptions, but rather as productions shaped by the team's involvement. Through a cross-cutting thematic analysis, continuities, shifts, and moments of condensation were identified and organized into five themes: the framework for reading, sculpting, and conversing; the territories that travel within the body; emotional baggage and mobile roots; inhabiting the city amid languages and differences; and the transition from shared clay to the creation of community. The results show that migrant memories emerged not only through verbal narratives but also through smells, foods, objects, music, plants, words, and bodily gestures. Clay functioned as a material medium that sustained the conversation and enabled the transformation of individual experiences into a collective composition. The community did not emerge as a pre-existing identity or as a homogeneous unit, but rather as a relational, affective, and provisional process, produced through practices of recognition, participation, and shared emotional connection. We conclude that artistic and dialogic methodologies can broaden the ways of narrating migration, challenge rigid distinctions between the university and the community, and create conditions for differences to circulate without being erased. Furthermore, we highlight the scope and limitations of a

systematization based on the team's records and propose deepening future instances of feedback and co-interpretation with the participants.

Keywords

migrant narratives, university outreach, research-creation

Abstracto

Este artigo sistematiza o projeto *Um jardim de palavras*, uma experiência de extensão universitária e pesquisa-criação desenvolvida em Montevideu em 2026 com migrantes, participantes locais, professores, estudantes e artistas. Seu objetivo é compreender como um dispositivo que articula leitura coletiva, conversa, música e modelagem em argila contribui para a elaboração de narrativas sobre mobilidade humana e para a produção de sentidos de comunidade entre pessoas com trajetórias, origens e línguas diferentes. A sistematização da experiência tomou como corpus os registros situacionais dos encontros e das narrativas dos participantes. Esses materiais não foram tratados como transcrições neutras, mas como produções elaboradas a partir do envolvimento da equipe. Por meio de uma leitura temática transversal, foram identificadas continuidades, deslocamentos e momentos de condensação, organizados em cinco eixos: o dispositivo para ler, modelar e conversar; os territórios que viajam no corpo; as bagagens afetivas e as raízes móveis; o habitar a cidade entre línguas e diferenças; e a passagem do barro compartilhado para a produção de comunidade. Os resultados mostram que as memórias migrantes emergiram não apenas por meio de relatos verbais, mas também por meio de aromas, alimentos, objetos, músicas, plantas, palavras e gestos corporais. O barro funcionou como mediação material que sustentou a conversa e permitiu transformar experiências individuais em uma composição coletiva. A comunidade não se apresentou como uma identidade pré-existente nem como uma unidade homogênea, mas como um processo relacional, afetivo e provisório, produzido por meio de práticas de reconhecimento, participação e conexão emocional compartilhada. Conclui-se que as metodologias artísticas e dialógicas podem ampliar as formas de narrar a migração, questionar posições rígidas entre a universidade e a comunidade e criar condições para que as diferenças circulem sem serem anuladas.

Além disso, são apontados os alcances e limites de uma sistematização baseada nos registros da equipe e propõe-se aprofundar futuras instâncias de devolução e interpretação com os participantes.

Palavras-chave

narrativas de migrantes, extensão universitária, pesquisa-criação

INTRODUCCIÓN

Extensión, movilidad humana y producción de narrativas

Las migraciones contemporáneas transforman los modos de habitar las ciudades, construir pertenencias y producir memorias. Lejos de constituir un desplazamiento exclusivamente geográfico, migrar involucra reorganizaciones afectivas, corporales, lingüísticas y materiales: cambian los vínculos, los ritmos cotidianos, los paisajes, las comidas y las formas de reconocerse y ser reconocido. En Uruguay, las migraciones recientes —en buena medida sur-sur, feminizadas y racializadas— interpelan tanto a las políticas públicas como a las instituciones educativas, culturales y universitarias. Abordarlas desde la perspectiva de quienes las protagonizan requiere crear condiciones para que sus saberes y experiencias no queden reducidos a categorías administrativas o discursos contruidos desde fuera.

En este marco, la extensión universitaria puede concebirse como una práctica de diálogo y producción compartida de conocimiento. Freire (2007) cuestionó el sentido unidireccional de la extensión cuando esta supone transferir saberes desde quien conoce hacia quien sería objeto de una intervención. En cambio, una relación dialógica parte del reconocimiento de todas las personas como sujetos de conocimiento. Esta perspectiva se articula con la integralidad universitaria, entendida como la relación entre enseñanza, investigación y extensión, y con la posibilidad de transformar tanto a los actores universitarios como a los colectivos con los que se trabaja (Tommasino & Rodríguez, 2010).

Un jardín de palabras surgió precisamente como una experiencia de creación y diálogo con población migrante y local. Su primera edición se desarrolló en 2025 junto con la asociación civil

Idas y Vueltas. La segunda edición, objeto de este artículo, tuvo lugar en dos ciclos entre junio y agosto de 2026. La propuesta integró artes visuales, psicología, comunicación y literatura y se vinculó con el grupo interdisciplinario MigraMedios. El jardín cerámico funcionó, simultáneamente, como horizonte de producción colectiva y como metáfora para explorar tierra, territorio, arraigo, desplazamiento y transformación; concretada en una instalación cerámica-sonora que materializa la experiencia, la comparte y cierra los ciclos de encuentros.

A nivel disciplinar, el proyecto articula las artes visuales, la antropología, la comunicación y la literatura ya que la metodologología de trabajo se basa en la articulación de la palabra, la creación plástica, los trayectos humanos, e inclusive lo etnográfico a la hora de compartir y comunicar individual y grupalmente en un espacio de creación colectiva. Hace foco en la integralidad al incluir la enseñanza activa y el intercambio de saberes de las personas participantes así como la investigación aplicada, pues ofrece la posibilidad de sistematizar y analizar los registros producidos en los talleres.

Esta aproximación se nutre de las prácticas artísticas colaborativas y socialmente comprometidas. Kester (2011) plantea que estas prácticas producen formas específicas de conocimiento mediante el intercambio, la escucha y la negociación. Wright (2004, 2008) permite considerar acciones artísticas cuyo valor no reside solamente en el objeto visible, sino también en las relaciones y formas de agencia que activan.

Afectos, identidad y pertenencia

El giro afectivo ofrece herramientas para comprender que las emociones no pertenecen exclusivamente a una interioridad individual. Circulan entre cuerpos, objetos, palabras y espacios, establecen proximidades y distancias y contribuyen a delimitar quién puede sentirse parte de un lugar (Ahmed, 2015, 2019). Berlant (2020) permite, a su vez, atender a los vínculos ambivalentes con objetos, promesas y formas de vida que sostienen la experiencia cotidiana. En contextos migratorios, esta mirada ayuda a analizar cómo olores, comidas, músicas, plantas o palabras condensan relaciones con los lugares de origen y de residencia, sin presuponer identidades fijas.

Hall (2019) comprende la identidad como una producción histórica y narrativa antes que como una esencia. El pasado está disponible a través de relatos parciales, atravesados por memoria y deseo; por ello, la pertenencia no exige un regreso intacto al origen, sino que puede producir

puntos móviles de identificación. Esta perspectiva resulta especialmente pertinente para un jardín compuesto por fragmentos de territorios y por piezas que se transforman al entrar en relación. Asimismo, una lectura interseccional permite advertir que las experiencias migratorias se configuran diferencialmente según género, racialización, clase, edad, nacionalidad y lengua (Hill Collins & Bilge, 2019; Viveros Vigoya, 2023; Yuval-Davis, 2015). La noción de amefricanidad de González (1988) contribuye a reconocer las continuidades y recreaciones culturales afrodescendientes en el continente, mientras que hooks (2004, 2021) recuerda que una pedagogía comprometida con la diferencia requiere cuestionar las jerarquías que determinan qué voces y conocimientos resultan legítimos.

La noción de comunidad permite profundizar esta lectura. Krause Jacob (2001) propone analizarla a partir de la pertenencia, la interrelación y la existencia de una cultura común, sin confundir esta última con homogeneidad. McMillan y Chavis (1986) definen el sentido de comunidad mediante las dimensiones de membresía, influencia recíproca, integración y satisfacción de necesidades, y conexión emocional compartida. Desde la Psicología Comunitaria latinoamericana, Montero (2003, 2004) enfatiza la participación, el fortalecimiento y el reconocimiento de las personas como agentes capaces de producir saberes y transformar sus condiciones. Estas perspectivas permiten preguntar no si el grupo participante *era* una comunidad, sino mediante qué prácticas, afectos y mediaciones llegó a producir temporalmente algo común.

El objetivo del artículo es comprender, mediante la sistematización de *Un jardín de palabras*, cómo la articulación entre lectura, conversación, música y trabajo con barro contribuyó a elaborar narrativas migrantes y a producir sentidos de comunidad. El análisis se concentra en los procesos emergentes durante cuatro encuentros: las formas corporales y afectivas de recordar territorios, los modos de habitar Montevideo entre diferencias culturales y lingüísticas, y la transformación de experiencias singulares en una composición colectiva.

Luego de esta introducción, se presenta el enfoque de sistematización, el corpus y el procedimiento de análisis. Los resultados se organizan en cinco ejes temáticos que reconstruyen el movimiento de dos ciclos del proyecto entre junio y septiembre de 2026.

Finalmente, la discusión interpreta los hallazgos a la luz de la investigación-creación, el giro afectivo, los estudios sobre identidad y explicita los alcances y límites de la experiencia.

MÉTODO

El trabajo adoptó un diseño cualitativo de sistematización de experiencias, entendido como una reconstrucción crítica y situada de un proceso de extensión ya realizado. El interés no fue medir los efectos del taller ni evaluar causalmente una intervención, sino comprender su lógica, los sentidos producidos y los desplazamientos observables a lo largo de los encuentros. La sistematización se articuló con un enfoque de investigación-creación y con metodologías basadas en las artes (Irwin, 2013; Pérez Royo, 2019) y de taller. Desde la investigación basada en las artes, la a/r/tografía propuesta por Irwin (2013) desestabiliza la separación entre artista, investigadora/or y docente, mientras que Pérez Royo (2019) destaca el hacer artístico como una forma de investigación y pensamiento. En el proyecto, por tanto, las piezas de cerámica no fueron ilustraciones posteriores de relatos ya constituidos: la materialidad participó activamente en la producción de recuerdos, conversaciones y sentidos sin necesidad de priorizar la técnica cerámica en sí misma, más que con pequeñas recomendaciones que habilitaran el posterior horneado. La metodología de taller, por su parte, ofrece una estructura flexible para aprender mediante el hacer, poner en común saberes y sostener procesos grupales sin eliminar el conflicto ni la heterogeneidad (Cano, 2012).

Desde este encuadre, leer, conversar, escuchar música y modelar barro constituyeron procedimientos de producción de experiencia y conocimiento.

La modalidad de taller se orientó por principios dialógicos y participativos (Cano, 2012; Freire, 2007). Cada encuentro combinó un texto literario, una consigna abierta, la exploración cerámica y una conversación que no siguió un cuestionario rígido. Las coordinaciones propusieron condiciones iniciales, pero las asociaciones, relatos, canciones y temas fueron transformando el recorrido. El taller fue concebido como un dispositivo: una organización de tiempos, materiales, cuerpos y palabras capaz de habilitar emergentes no previstos.

La riqueza de estos encuentros radica no solo en la generación de un espacio que permite a migrantes transitar experiencias de creación artística, sino además un espacio de interacción y reflexión permanente entre el fenómeno de la movilidad humana enraizando a las personas en una relación simbólica tierra-territorio y la literatura traída en este proyecto, como experiencia

de lectura colectiva, que favorece espacios de intimidad.

Este jardín colectivo, lleno de memorias provenientes de diferentes lugares y culturas pero creado con el barro de este país de acogida permite un enraizamiento simbólico, dando forma a través de la arcilla a esos afectos que no caben en las palabras. Este jardín perdura, no se marchita y da lugar a un gesto micropolítico que permite otra forma de habitar el territorio, derribando fronteras a través de un acto de creación comunitario.

Contexto, participantes y desarrollo de los encuentros

Los encuentros se realizaron en Montevideo en dos ciclos de cinco encuentros entre junio y agosto de 2026. Una decisión tomada por el equipo fue que no se desarrollaran en espacios universitarios y que tuvieran alguna forma de inserción en la sociedad civil, desde sindicatos, espacios municipales a espacios de referencia de la sociedad civil organizada. Participaron personas migrantes residentes en la ciudad, personas locales e integrantes del equipo universitario —docentes, estudiantes y artistas— vinculadas a la Universidad de la República y a espacios de trabajo sobre movilidad humana. El grupo fue diverso en género, edad, procedencias y trayectorias. La convocatoria se realizó mediante redes sociales y en organizaciones vinculadas a personas migrantes. Participaron personas procedentes de Colombia, Guatemala, Perú, México, Argentina y Uruguay. El número de integrantes en cada taller variaba entre 6 y 8 participantes.

Los encuentros articularon lectura y creación cerámica alrededor de consignas relacionadas con jardines, movilidad, memoria y territorio. Resulta de interés mencionar que la selección de textos estuvo orientada por la elección de escritos literarios que recuperaran una reflexión sobre las plantas, los jardines y el paisaje y sus diferencias como metáfora de los cambios que trae el desplazamiento. Pero estuvo abierta a lo que sucedía en los encuentros y se produjeron cambios en relación a lo que traían las personas al diálogo, incluso uno de los textos fue compartido por unos de los participantes. Así el proyecto mantuvo una apertura a incorporar los aportes de las personas participantes y explorar cambios dentro de su planificación original. En el primer ciclo los encuentros se organizaron en torno a preguntas por el paisaje, lo que dejamos atrás como resultado de la movilidad, los alimentos y qué sucede cuando se regresa de visita al país de origen. Esta última pregunta llevó a preguntarse qué se extraña de Montevideo como ciudad de acogida cuando no se está aquí. La cuestión del habla, el lenguaje y las variantes del español apareció como un tema

de interés y conversación. Se instaló la invitación a producir flores reales o imaginarias y se exploraron aromas, plantas y paisajes. se organizó alrededor de la pregunta «¿qué viaja con nosotras?», que movilizó relatos sobre objetos visibles e invisibles, cuidados, alimentos, miedos y retornos. Incorporó con mayor centralidad las estaciones, las plantas y la música elegida por las personas participantes. Se tomó el barro, la lectura y la música para pensar sobre las transformaciones lingüísticas, territoriales y materiales y componer un jardín colectivo.

Corpus y procedimiento de sistematización

Se propusieron para cada ciclo dos formas diferentes de sistematización de los encuentros algo que impactó positivamente en el segundo ciclo. El primero se centró en la oralidad e invitó a cada participante a escribir sobre su experiencia en los talleres lo que supuso una instancia de agradecimiento por el espacio; lo que nos permitió reconocer una vacancia en relación a instancias de encuentro para que las personas migrantes puedan reflexionar en espacios colectivos y de colaboración sobre su experiencia migratoria. En el segundo ciclo el corpus estuvo formado por cuatro registros escritos, uno por encuentro. Los documentos integraron descripciones de la situación, intervenciones de participantes, consignas, escenas y reflexiones de integrantes del equipo. No fueron transcripciones literales ni datos neutrales: se construyeron desde posiciones situadas, mediante decisiones acerca de qué observar, recordar y escribir.

El análisis se desarrolló en cuatro movimientos. Primero se realizó una lectura integral de cada registro para reconstruir la singularidad y la secuencia de los encuentros. Segundo, se identificaron escenas, expresiones y objetos recurrentes vinculados con el dispositivo, el cuerpo y el territorio, los afectos, las lenguas, la ciudad y la producción colectiva. Tercero, esos fragmentos se compararon entre los cuatro registros para reconocer continuidades y transformaciones. Finalmente, se elaboraron cinco ejes temáticos y una lectura transversal del desplazamiento del ciclo: (a) un dispositivo para leer, modelar y conversar; (b) los territorios que viajan en el cuerpo; (c) equipajes afectivos y raíces móviles; (d) habitar la ciudad entre lenguas y diferencias; y (e) del barro compartido a la producción de comunidad.

Consideraciones éticas y de reflexividad

La presentación de resultados preservó el carácter colectivo de las conversaciones y evitó incluir nombres u otros datos que permitieran identificar a las personas. Las citas se atribuyen al encuentro correspondiente, no a identidades individuales. Dado que los registros fueron elaborados por el equipo y no constituyen transcripciones completas, las expresiones entrecomilladas se utilizan como fragmentos consignados en dichos documentos y se interpretan junto con las escenas en las que aparecieron.

La reflexividad resultó central. Las personas universitarias no ocuparon una posición exterior al proceso: participaron en la selección de textos, las consignas, el modelado, la conversación y el registro. Por ello, los resultados dan cuenta tanto de las narrativas compartidas como de las condiciones producidas por el propio dispositivo.

RESULTADOS

Un dispositivo para leer, modelar y conversar

Desde el primer encuentro, el taller se presentó como un espacio donde «la cerámica y las palabras se encuentran». La arcilla fue nombrada como una «excusa para el encuentro»: la consigna de realizar flores «reales, imaginarias» restó centralidad a la destreza técnica y habilitó múltiples modos de participación. La circulación del texto y del material produjo una escena en la que leer, hacer y hablar no fueron actividades sucesivas y separadas. Como se consignó en el registro, «circula el texto, circula la cerámica y todas las personas nos conectamos con las palabras y la arcilla» (registro del encuentro 1).

En el segundo encuentro, la lectura abrió las preguntas «¿qué viaja con nosotras?» y «¿cuáles son las cosas visibles e invisibles que entran en la maleta al migrar?». La amplitud de las consignas permitió pasar de objetos transportados a experiencias de maternidad, alimentación, clima, miedo, amor y retorno. El texto no determinó el contenido de las respuestas: funcionó como umbral para que las asociaciones de las participantes organizaran la conversación.

El tercer encuentro amplió el dispositivo mediante la música. La lectura de *Todo lo que crece* activó conversaciones sobre plantas, estaciones, olores, nostalgia y ciudad. Luego cada persona propuso

canciones vinculadas con su trayectoria. La afirmación «la música es algo que tenemos y nos conecta como personas» (registro del encuentro 3) muestra que escuchar también se convirtió en una forma de presentación y reconocimiento. La coordinación dejó parcialmente de seleccionar los estímulos: las participantes comenzaron a coproducir la atmósfera del encuentro.

En el cuarto taller, la presencia de palabras en portugués hizo visible que la comprensión no dependía únicamente del dominio lingüístico. Una integrante escribió: «Amasar, cortar, pelotitas, hacer chorizos, simplemente sentirlo hace que eso que no entiendo cobre sentido» (registro del encuentro 4). La acción manual permitió permanecer ante lo no comprendido, aproximarse por el ritmo, el sonido y el gesto. Así, el dispositivo no se limitó a provocar relatos sobre migración: ensayó una forma de relación con la diferencia en la que era posible participar antes de traducir por completo.



Imagen 1. Registro del taller de creación. Fotografía tomada por Natahya Sosa.

Los territorios que viajan en el cuerpo

Los lugares fueron evocados mediante sensaciones corporales. En el primer encuentro, las memorias de origen aparecieron como «olor a café o chocolate», «olor a montaña» y «olor a tierra mojada». Montevideo, en cambio, fue descrita a través de la torta frita, la marihuana, el asado, la humedad, el puerto y el «mar revolcado». La conclusión compartida —«la tierra de diferentes lugares tiene aromas diferentes»— condensó una geografía sensible: el territorio no era solo una superficie representable, sino una experiencia olfativa, gustativa y táctil.

El segundo encuentro mostró que el cuerpo aprende y registra el desplazamiento. «No sabía vestirme con la temporada» y «hace poco aprendí a usar las capas de ropa» expresaron una adaptación cotidiana al clima montevideano. El retorno tampoco apareció como recuperación intacta de lo conocido. Si el olor de la tierra hacía que a una participante le «volviera el alma al cuerpo», la altura podía producir dolor de cabeza y la comida ya no «caer tan bien». El cuerpo migrante conservaba memorias del territorio y, simultáneamente, evidenciaba su propia transformación.

En el tercer encuentro, los cambios de estación y de luz intervinieron en la percepción de la ciudad y en el estado de ánimo. El frío, la lluvia, la ausencia de sol y el humo impregnado en la ropa se enlazaron con jacarandás, magnolias y flores capaces de despertar recuerdos de otros lugares. «Es lindo cuando cambian las estaciones y cambia el olor de la ciudad» (registro del encuentro 3) expresó una apropiación sensible que no borraba la comparación con otros paisajes.

El último encuentro reforzó esta dimensión al señalar que una lectura podía trasladar al grupo «a Misiones, con su paisaje selvático», y que los espacios tenían una energía corporalmente perceptible. Los territorios se presentaron, por tanto, como relaciones incorporadas que viajaban, se reactivaron y cambiaron. La ciudad de residencia no sustituyó al origen: ambos se entregaron en cuerpos atravesados por nuevas condiciones ambientales y afectivas.



Imagen 2. Registro del taller de creación. Fotografía tomada por Natahya Sosa.

Equipajes afectivos y raíces móviles

La metáfora vegetal permitió explorar formas de arraigo que no exigían inmovilidad. En el primer encuentro, las semillas aparecieron como una manera de transportar territorio: «traer semillas de otros lados y ver si crecen aquí, traer semillas de mi país». El guayabo movilizó sabores, olores y modos de preparar alimentos. Aunque el jardín se asoció con «echar raíces y florecer», una participante recordó que «en la naturaleza las flores también se mueven, abren paso y fluyen». Esta expresión desplazó la oposición rígida entre arraigo y movilidad.

Las preguntas del segundo encuentro mostraron que una maleta incluye relaciones. Una madre relató haber viajado con los juguetes de su hijo porque «eran lo único suyo aparte de mí». Otra participante utilizó en una pieza cerámica una tela recibida de su abuela y expresó: «Siento que traje a mi abuela en mi memoria». Maíz, yerba, esencias y otros alimentos compartieron el espacio narrativo con temores, expectativas y vínculos. Los objetos no operaron como simples recuerdos: mediaron continuidades afectivas y permitieron hacer presentes relaciones ausentes.

En el tercer encuentro, el cuidado de las plantas ofreció un lenguaje para pensar el desplazamiento. Los esquejes se separan para propagar; una planta puede pasar del agua a la tierra y necesitar tiempo y cuidados para adaptarse; cambiarla de lugar modifica sus condiciones sin cancelar su capacidad de crecer. Estas observaciones no constituyeron analogías cerradas de la migración, sino recursos producidos en la conversación para pensar dependencia, autonomía, adaptación y continuidad.

El cuarto encuentro condensó esta transformación en el propio barro. La materia había llegado «en una bolsa de plástico aplastado» y se retiraba «en una caja pintada como si viniera el Carnaval». Entre ambos momentos se convirtió en flores, caracoles y fragmentos de un jardín. La arcilla trasladada y transformada materializó unas raíces recreadas en el movimiento: ni idénticas a las del origen ni desvinculadas de ellas.



Imagen 3. Registro del taller de creación. Fotografía tomada por Alessandra Silva.

Habitar la ciudad entre lenguas y diferencias

Montevideo emergió como una cartografía afectiva y también conflictiva. La rambla, Dique Mauá, el Parque de la Amistad, el Planetario y Ciudad Vieja aparecieron junto con trámites, apostillados, vacunación y ciudadanía. El relato sobre un mural realizado por la comunidad colombiana, posteriormente vandalizado y reemplazado, mostró que la visibilidad migrante se disputa en el espacio urbano. Habitar la ciudad implicaba disfrutar, circular y encontrarse, pero también afrontar operaciones institucionales y marcas de exclusión.

En el segundo encuentro, la palabra «veci» condensó una experiencia de reconocimiento: «Me llega al corazón que una persona me diga “veci”. Es un sentido de comunidad que me da muchas ganas de volver a tener». La rambla fue nombrada como espacio seguro y como lugar de reunión de comunidades colombianas y venezolanas. Al mismo tiempo, se hablaron de incomodidades culturales y diferencias entre prácticas. La afirmación de que aceptar involucra «las palabras, las costumbres, las formas» evitó presentar la convivencia como ausencia de tensión.

La música y las formas de trato también revelaron jerarquías locales. En el tercer encuentro se compararon maneras de hablar y relaciones con artistas y figuras políticas, percibidas como más cercanas en Uruguay. Sin embargo, la clasificación de ciertas músicas como «terrajás» puso de manifiesto fronteras simbólicas dentro de la sociedad receptora. La pertenencia no dependía únicamente de la oposición entre nacionales y migrantes: se articulaba con clasificaciones de clase, raza, género, generación y gusto cultural.

El portuñol, abordado en el cuarto encuentro, apareció como práctica territorial y como lengua escasamente reconocida: «Aunque quizás sea un hablar que solo exista en Uruguay no se enseña en las escuelas. No se reconoce oficialmente». Las formas de hablar identificaban a las personas con territorios y, a la vez, mostraban la insuficiencia de las fronteras lingüísticas oficiales. La música de Rubén Rada aportó la imagen de una identidad múltiple capaz de crear un lenguaje propio y dirigirse a públicos «de aquí y de allá». Habitar entre lenguas no fue presentado como déficit, sino como producción situada.



Imagen 4. Registro del taller de creación. Fotografía tomada por Alessandra Silva.

Del barro compartido a la producción de comunidad

El movimiento desde lo individual hacia lo compartido formó parte explícita del dispositivo. En el primer encuentro se propuso «socializar, compartir, hablar y salir de una postura más individual». El barro fue definido como «materia viva que nos conecta a todos». A partir de flores modeladas de manera singular, la conversación se expandió hacia alimentos, ciudad, pandemia y experiencias colectivas de resistencia. Lo común no precedió a la actividad: comenzó a producirse mediante la circulación de materiales y relatos.

La llegada de nuevas personas en el segundo encuentro hizo visible la búsqueda de vínculos. Una participante explicó: «Llegué a Montevideo y estoy sola, me interesa hacer una red de contactos, me recomendaron que viniera». Compartir objetos, miedos, alimentos y experiencias de retorno permitió reconocerse en trayectorias distintas. La expresión «todas estamos acá por amor» generó una identificación momentánea sin igualar los motivos, condiciones o efectos de cada migración.

En el tercer encuentro, la conversación comenzó antes de la consigna formal mientras las personas llegaban y se acomodan. Circulan saberes sobre plantas, música, carnaval y cultura popular. La elección de canciones por parte de cada participante distribuyó la capacidad de orientar el encuentro y transformó la escucha en práctica de conocimiento mutuo. Estos pequeños cambios mostraron una influencia recíproca: el taller ya no dependía por completo de la iniciativa de quienes coordinaban.

En el registro final, la producción comunitaria se volvió también espacial. Quien escribía se ubicó primero «en una punta» y luego se acercó «al centro de la mesa». Cada persona que llegó fue saludada e incorporada. Las piezas, descritas como portadoras de «la energía de hoy», se reunieron en un jardín colectivo, diverso y cambiante. El pasaje de la bolsa de arcilla a la caja de piezas pintadas condensó el proceso: la comunidad se materializó en una composición que conservaba diferencias y, al mismo tiempo, hacía visible una obra común.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

La mediación artística como forma de conocer

La sistematización muestra que lectura, conversación, música y cerámica no funcionaron como técnicas independientes ni como recursos decorativos. Su articulación produjo un régimen de atención específico. La lectura abrió imágenes y preguntas; el barro sostuvo silencios, permitió permanecer frente a palabras no comprendidas y convirtió recuerdos en formas; la música redistribuye la coordinación y habilitó presentaciones no biográficas; la conversación enlazó estos elementos sin exigir un relato lineal. En términos de investigación-creación, el conocimiento no antecedió al hacer, sino que se produjo en él (Irwin, 2013; Pérez Royo, 2019).

Esto permite matizar una visión instrumental del arte como medio para obtener testimonios. Las piezas no fueron únicamente productos finales, y los relatos no fueron datos extraídos gracias a una actividad atractiva. La materia intervino en lo decible y en lo recordable. La tela de una abuela incorporada a una pieza, el barro que pasó de masa compacta a jardín o las manos que continuaron modelando mientras circulaban palabras en portugués muestran que la mediación material alteró el modo de participar. En consonancia con Kester (2011), el valor de la práctica colaborativa residió en las formas de conocimiento y relación construidas durante el proceso.

Territorios, afectos e identidades en movimiento

Los resultados también muestran que el territorio viaja en el cuerpo. Olores, comidas, clima, sonidos y plantas establecieron continuidades entre lugares sin producir una identidad inmóvil. La experiencia del retorno fue especialmente reveladora: el olor de la tierra podía restituir una sensación de pertenencia mientras que la altura o la comida evidenciaban que el cuerpo había cambiado. La identidad apareció como una articulación narrativa y afectiva en permanente elaboración (Hall, 2019), más que como una esencia recuperable mediante el regreso.

Desde el giro afectivo, puede afirmarse que los objetos y sensaciones orientaron los cuerpos hacia ciertos lugares y personas (Ahmed, 2015). «Veci», una tela, unos juguetes, una canción o un aroma acumularon historias de proximidad y pérdida. Estos elementos no tuvieron un significado universal: adquirieron fuerza por su circulación en el grupo. De este modo, los equipajes afectivos no representaron únicamente vínculos privados, sino que abrieron conversaciones sobre cuidados, maternidades, redes y condiciones colectivas de la migración.

Las diferencias lingüísticas y culturales tampoco desaparecieron bajo una celebración abstracta de la diversidad. El mural vandalizado, las clasificaciones musicales, las incomodidades culturales y la falta de reconocimiento oficial del portuñol indicaron que las pertenencias se producen en relaciones de poder. Una perspectiva interseccional (Hill Collins & Bilge, 2019; Viveros Vigoya, 2023) evita generalizar una única experiencia migrante y permite atender a cómo nacionalidad, racialización, género, clase, edad y lengua crean posiciones desiguales. Si bien estos cruces aparecieron en los registros, la información disponible no permite reconstruir de manera sistemática cómo cada posición incidió en la participación. Este aspecto constituye una línea necesaria de profundización.

La comunidad como proceso, no como punto de partida

La principal contribución de esta experiencia consiste en mostrar la comunidad como efecto provisional de prácticas concretas. Al inicio, el taller reunió a personas con distintas relaciones entre sí; al final, produjo saludos, resonancias, canciones compartidas, desplazamientos hacia el centro de la mesa y una obra colectiva. Esto no permite afirmar la consolidación de una comunidad estable, pero sí reconocer indicios de pertenencia, interrelación y cultura común en el sentido propuesto por Krause (2001).

Las dimensiones de McMillan y Chavis (1986) ayudan a precisar este proceso. La membresía se expresó en formas de nombrarse y acogerse, como el valor afectivo de «veci»; la influencia recíproca apareció cuando las participantes eligieron músicas y orientaron las conversaciones; la integración se manifestó en la búsqueda de redes y en el intercambio de saberes; y la conexión emocional compartida se construyó al reconocer resonancias entre recuerdos diferentes. Estas dimensiones no fueron requisitos para ingresar al taller, sino emergentes producidos mediante la repetición de encuentros y la circulación de materiales.

Desde la Psicología Comunitaria latinoamericana, esta producción de lo común puede leerse en relación con la participación y el fortalecimiento (Montero, 2003, 2004). Las personas participantes no fueron consideradas receptoras de una propuesta universitaria, sino portadoras de conocimientos capaces de modificar el dispositivo. Sin embargo, la horizontalidad debe entenderse como una orientación y una tarea, no como una condición automáticamente garantizada. El equipo universitario conservó capacidad para convocar, seleccionar textos, disponer materiales y registrar. Reconocer esta asimetría es indispensable para no idealizar la coproducción. Las futuras etapas deberían ampliar la participación de las personas migrantes en la interpretación de registros, las decisiones expositivas y la autoría de productos derivados.

Alcances, límites y proyecciones

El artículo reconstruye un ciclo breve de cuatro encuentros a partir de registros producidos por integrantes del equipo. Esta fuente permite conservar escenas, frases y desplazamientos del proceso, pero presenta límites: no equivale a una transcripción completa, selecciona ciertos acontecimientos y no recoge de manera simétrica las perspectivas de todas las personas. Tampoco permite afirmar efectos sostenidos más allá del taller. Las conclusiones se refieren, por tanto, a las condiciones y sentidos emergentes en esta experiencia, no a resultados generalizables para otros colectivos migrantes.

Pese a esos límites, la sistematización aporta criterios transferibles —no recetas— para experiencias de extensión e investigación-creación: combinar lenguajes sin subordinar unos a otros; trabajar con consignas abiertas; reconocer la materialidad como productora de conocimiento; permitir que participantes modifiquen la propuesta; registrar tanto conversaciones como gestos, espacios y objetos; y sostener una lectura crítica de las desigualdades presentes en el propio dispositivo.

Como continuidad, se recomienda incorporar instancias de devolución colectiva en las que las personas participantes revisen los ejes, completen interpretaciones y expresen desacuerdos; documentar de manera más sistemática la composición y variaciones del grupo; explorar seguimientos que permitan conocer si los vínculos continúan; y analizar cómo las posiciones interseccionales configuran modos distintos de habitar el taller y la ciudad. También resulta pertinente examinar el jardín cerámico instalado y su circulación pública como una nueva fase de producción de sentidos, en la que cambiarán la audiencia, el espacio y las relaciones de autoría.

En conclusión, *Un jardín de palabras* produjo un territorio común sin exigir una identidad común. Las diferencias de origen, lengua y experiencia no fueron eliminadas; circularon a través de relatos, objetos, músicas y barro. La comunidad se hizo visible como una práctica afectiva y material: acercarse a la mesa, escuchar una canción elegida por otra persona, reconocer algo propio en una memoria ajena y componer un jardín donde cada pieza conserva su singularidad. Para la extensión universitaria, el desafío consiste en sostener estas condiciones de encuentro y, al mismo tiempo, profundizar la participación de quienes migran en todas las etapas de producción, interpretación y circulación del conocimiento.

REFERENCIAS

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad*. Caja Negra.
- Berlant, L. (2020). *El optimismo cruel*. Caja Negra.
- Cano, A. (2012). La metodología de taller en los procesos de educación popular. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 2(2), 22–51.
- Claerbout, J. F. (1991). *A scrutiny of the introduction. in the leading edge* (pp. 287–291). Stanford University.
- Daza-Orozco, CE. & Ochoa-Cera, RA. (2018). *Escritura con estilo: guía para publicar científicamente*. Editorial San Mateo.
- Freire, P. (2007). *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*. Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1973)
- Freire, P., & Faundez, A. (2013). *Por una pedagogía de la pregunta: Crítica de una educación basada en respuestas a preguntas inexistentes*. Siglo XXI Editores.
- González, L. (1988). A categoria político-cultural de amefricanidade. *Tempo Brasileiro*, 92/93, 69–82.
- Hall, S. (2019). *El triángulo funesto: Raza, etnia, nación*. Traficantes de Sueños.
- Hill Collins, P., & Bilge, S. (2019). *Interseccionalidad*. Morata.
- hooks, b. (2004). Mujeres negras: Dar forma a la teoría feminista. En AA. VV., *Otras inapropiables: Feminismos desde la frontera* (pp. 33–50). Traficantes de Sueños.
- hooks, b. (2021). *Enseñar a transgredir: La educación como práctica de la libertad*. Capitán Swing. (Trabajo original publicado en 1994)

- Irwin, R. L. (2013). Becoming a/r/tography. *Studies in Art Education*, 54(3), 198–215.
- Kester, G. H. (2011). *The one and the many: Contemporary collaborative art in a global context*. Duke University Press.
- Krause Jacob, M. (2001). Hacia una redefinición del concepto de comunidad: Cuatro ejes para un análisis crítico y una propuesta. *Revista de Psicología*, 10(2), 49–60.
- McMillan, D. W., & Chavis, D. M. (1986). Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 6–23.
- Montero, M. (2003). *Teoría y práctica de la psicología comunitaria: La tensión entre comunidad y sociedad*. Paidós.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.
- Pérez Royo, V. (2019). Sobre la investigación en artes: Fragmentos de un discurso amoroso. En P. Fernández et al. (Eds.), *Hacer es saber: II Jornadas Internacionales de Investigación a través de la Práctica Artística*. Universidad Nacional del Centro.
- Tommasino, H., & Rodríguez, N. (2010). Tres tesis básicas sobre extensión y prácticas integrales en la Universidad de la República. *Cuadernos de Extensión*, 1, 19–42.
- Viveros Vigoya, M. (2023). *Interseccionalidad: Giro decolonial y comunitario*. CLACSO.
- Wright, S. (2004). The delicate essence of artistic collaboration. *Third Text*, 18(6), 533–545.
- Wright, S. (2008). Behind police lines: Art visible and invisible. *Art & Research: A Journal of Ideas, Contexts and Methods*, 2(1).
- Yuval-Davis, N. (2015). Situated intersectionality and social inequality. *Raisons Politiques*, 58(2), 91–100.